

CAPÍTULO 3

Acerca de Rodolfo Kusch

*Federico Gerónimo y José A. Tasat*³⁶

De que un silencio vacío ronda nuestro saber, lo prueba el hecho de que en el mundo moderno, no obstante el saber acumulado, no sabemos. (...) Lo señala el exceso de teoría, la abundancia de soluciones y la violencia desatada. Todo esto es el símbolo de la silenciosa mudez de nuestro saber culto, que ha perdido el contacto con su contenido. Es que nuestro silencio no es el del pueblo. Detrás del silencio popular, y de su decir cualquier cosa, hay una verdad que rige su combinatoria y que nosotros perdimos.

RODOLFO KUSCH, Esbozo de una antropología filosófica americana

Introducción

“Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer” (Borges, 2017, p.114), afirma Jorge Luis Borges en Funes el memorioso. Si seguimos la lógica de su afirmación, pensar es recordar semejanzas. El presente artículo pretende esbozar una aproximación a la vida, escritos y algunos conceptos del pensamiento de Rodolfo Kusch. Parte del supuesto de que pensar no se reduce a una analítica conceptual, una puja entre argumentaciones o a una simple abstracción académico-literaria que cristaliza el conocimiento y lo vuelve estable, determinado y fijo. El pensar está siendo vivo, en el suelo gravitado y nos interesa posibilitar el encuentro de aquellos autores que no se trabajan en nuestra currícula tan cierta.

Nadie se escapa de su sombra, pero desde América en el campo educativo se ocultan, no son visibles pensadores que con una gran obra simbolizaron nuestras culturas, identidades y formas de tramitar la vida. Las disciplinas que abordan teorías de la cultura, por ejemplo, rara vez dialogan con obras y autores que formularon categorías que se constituyeron como fecundos aportes para pensar las dinámicas culturales, sociales y políticas específicas de estas latitudes. No se trata, por supuesto, de desautorizar o sustituir un canon por otro. Se trata, eso sí, de un esfuerzo por fomentar no solo un diálogo multi o inter,

³⁶ Federico René Gerónimo: Facultad de Trabajo Social - Universidad Nacional de la Plata. Correo electrónico: fgeronimo@trabajosocial.unlp.edu.ar. José A. Tasat: Universidad Nacional de Lanús / Universidad Nacional de Tres de Febrero. Correo electrónico: [jtatat@untref.edu.ar](mailto:jtasat@untref.edu.ar)

sino transdisciplinario. Un diálogo que no excluya, que no invisibilice saberes, y que tampoco contribuya para perpetuar omisiones.

Por tanto, se trata de pensar en movimiento y trazar un andar que supone incertidumbres, aciertos, apuestas, programas y juegos. En este sentido, se trata de un trayecto educativo que, a través del encuentro con pensadores contemporáneos americanos - en este caso Rodolfo Kusch - pretende conocer, analizar y poder comparar diferentes perspectivas, enfoques y horizontes de nuestro pensar situado. En definitiva, posicionarnos desde los pensadores americanos es posicionarnos éticamente en un pasado presente que nos interroga; es un rescate bastante pertinente de nuestra identidad. Y no nos gusta la palabra rescate porque rescatar es aquello que supuestamente tiene otro recorrido. En todo caso, lo que hacemos es una reivindicación, un reconocimiento, una conmemoración a aflorar y pensar en América de otra forma.

Rodolfo Kusch (1922-1979) fue un filósofo y ensayista argentino que orientó sus investigaciones hacia temáticas americanas, abarcando desde el mundo precolombino a la cultura popular contemporánea. Sus búsquedas lo llevaron a viajar de manera recurrente por Bolivia, Perú y el norte argentino, elaborando registros fotográficos, auditivos y crónicas, que fueron los insumos de sus reflexiones. El encuentro entre este pensador y la comunidad educativa, pretende aportar e ir madurando para dar el fruto de nuestras formas del pensar, de nuestras culturas gravitadas entre el hedor y la pulcritud, en una América que insiste en surgir de otra manera a la hegemónica imperial. Una América cuya vinculación con la praxis no remita solo a la teoría, sino que advenga, en ejercicio y producción, creadora de nuevos sentidos.

Recorrido de la vida de Kusch

Günter Rodolfo Kusch, nació en la Ciudad de Buenos Aires el 25 de junio de 1922. Inició sus estudios primarios en la Cangallo Schule, continuó su educación secundaria en el Colegio Nacional N° 6 Manuel Belgrano de la Ciudad de Buenos Aires. Comenzó la carrera de ingeniería, pero su vocación lo llevó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires donde egresó en 1948 con el título de Profesor en Filosofía. Desde ese mismo año hasta 1955, se desempeñó en la Dirección de Psicología Educacional y orientación profesional del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires en la actividad técnica de la rama de la sociología y la psico y socio estadísticas.

Rodolfo Kusch ejerció la docencia en la escuela secundaria durante 25 años. Asimismo, fue profesor en educación superior en diversos institutos y universidades en Argentina y Bolivia. En 1963 impartió clases de Historia de la Cultura y Estética en la Escuela Superior de Bellas Artes Pridiliano Pueyrredón. En 1964 dictó el curso para directores de escuelas sobre "Bases psicológicas y sociales del binomio enseñanza - aprendizaje" en el Instituto Bernasconi.

En la Universidad Nacional de Salta fue profesor de Ética, del Seminario Permanente sobre Cultura Nacional y el seminario sobre Antropología Filosófica. Entre 1973 y 1976, fue Jefe de Servicio de Relaciones Latinoamericanas. Y en marzo de 1974 organizó el 11avo. Encuentro

de Rectores del Área Centro - Sudamericana auspiciado por la UNSA y realizado en Salta. Además, entre 1974 y 1975 dictó el Seminario sobre Pensamiento y Cultura Popular. En octubre de 1975 realizó un seminario sobre la Problemática Centro - sudamericana, cuyo tema central fue "El pueblo y las estructuras nacionales" y en noviembre desarrolló las 'Primeras Jornadas de Cultura Popular' (Servicios de Relaciones Latinoamericanas y Acción Cultural). Ese mismo año fue nombrado Director de la Carrera de Filosofía y realizó el 'Primer Simposio sobre el Hombre Andino y Americano', con participación de investigadores y especialistas del área y de universidades de nuestro país y Bolivia.

En la Universidad Técnica de Oruro (Bolivia) dictó cursos sobre Filosofía Indígena (1967) y Filosofía Americana (1970). En 1967 en la Universidad Mayor de San Andrés, La Paz (Bolivia) fue profesor del curso sobre Pensamiento Indígena. También, en 1969, ejerció como docente en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza (Argentina) en el curso sobre "El Pensamiento Indígena" y, en 1974, en la Universidad Nacional de Buenos Aires dio clases sobre "Pensamiento Popular".

Además de su experiencia docente, Rodolfo Kusch realizó viajes de investigación y trabajos de campo en Salta, Argentina y en el altiplano andino, en Bolivia. Fue miembro titular en los Congresos Internacionales Americanistas en el periodo 1966-1970 y en el 2º Congreso Nacional de Filosofía realizado en Alta Gracia, Córdoba, en junio de 1971. Integró el equipo argentino, dirigido por Juan Carlos Scanone S.J., con quien realizó un trabajo interdisciplinar sobre "Investigación filosófica de la sabiduría del pueblo argentino como lugar hermenéutico para una teoría de la filosofía de la religión acerca de la relación entre religión y lenguaje" (1977-1979). En 1976 el gobierno militar le quitó sus cargos en la Universidad Nacional de Salta y luego fue a residir en el pueblo de Maimará. La posibilidad de realizar un tratamiento para su enfermedad lo llevó a Buenos Aires, donde falleció el 30 de septiembre de 1979.

Rodolfo Kusch fue autor de numerosas obras, entre ellas se destacan: *La ciudad mestiza*, folleto en "Colección Quetzal", Buenos Aires, 1952; *Seducción de la barbarie: análisis herético de un continente mestizo* distribuido por ed. Raigal, Buenos Aires; *Anotaciones para una estética de lo americano*, folleto, Buenos Aires, *Tango y Credo Rante*, ed. Talía, Buenos Aires, 1958. (Teatro); *La muerte del Chacho* y *La Leyenda de Juan Moreira*, ed. Stilco Graf. Buenos Aires, 1960. (Teatro); *América Profunda*, ed. Hachette, 1962, Buenos Aires. (Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores 1962 y Mención de Honor del Consejo del Escritor). 2a. edición, Ed. Bonum, Buenos Aires 1975; *Indios, porteños y dioses*, ed. Stilcograf, Buenos Aires 1966; *De la mala vida porteña*, colección "La Siringa" de la Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1966; *El afán de ser alguien*, ensayo con dibujos de Almataller (tinta china) de Libero Badii, 1965 *Cafetín (Homenaje a Discépolo)*. teatro (inédito); *El pensamiento indígena americano*, Ed. Cajica, Puebla, México, 1970. (Premio Nacional de Ensayo "Juan Bautista Alberdi", producción 1970 - 1971). 2a. edición, Buenos Aires, 1973; *La negación en el pensamiento popular*, ed. Cimarrón, Buenos Aires, 1975; *Geocultura del hombre americano*, ed. García Cambeiro, Buenos Aires. 1976.

Asimismo, colaboró con artículos y notas en "La Nación"/ "El Mundo", "Verbum", "Sur", "Espiga", "Contorno", "Comentario" y "Cuadernos de Filosofía" de la Universidad Nacional de Buenos Aires (Argentina). También escribió en "El Diario" y "Presencia", en Bolivia; en "Idea" en

Perú; y en "América Indígena" del Instituto Indigenista Interamericano, en México. Fue autor de *Las religiones nativas* publicado en 1987 en Humahuaca, Jujuy [Edición post-mortem a cargo de Elizabeth Lanata de Kusch].

Algunas categorías en el pensamiento de Kusch

Rodolfo Kusch fue elaborando en sus escritos una invitación a pensar interpelando las seguridades epistémicas de occidente a partir de oponer categorías como por ejemplo el ser y el estar; la pequeña historia y la gran historia; lo animal y lo vegetal; una lógica de la afirmación y una lógica de la negación, el hedor y la pulcritud, etc. De alguna manera se trata de comprender cómo se da este movimiento de opuestos como expresión de un mestizaje que nos habita en nuestra condición de americanos de una manera *fagocitada*³⁷ y según predomine una u otra comprenderemos lo que nos pasa en América.

Indicamos a continuación algunos aspectos de lo occidental y su contraposición con lo americano:

Lo Occidental	Lo Americano
Ser	Estar
Técnica/ tecnología (confort-reducción de tiempo)	Ritual
Ciencia como modalidad explicativa	Mito
Historia objetiva	Relato mítico
Tiempo cuantificable, lineal y progresivo	Tiempo cíclico/ de la vida (cosecha)
Espacio-cosa	Realidad viva
Sujeto-objeto	Acontecimiento Fasto-nefasto
Desarrollo	Crecimiento seminal
Conciencia de sí	Cultura vivida
Economía liberal	Economía del Ayni (Comunidad)
Conocimiento como sistema totalizante de clasificación	Conocimiento para la vida
Conocimiento	Sabiduría (actitud: comprensión)
Objetividad neutral	Valoración emocional
Racionalidad	Afectividad (operadores seminales)
Pensamiento Causal	Pensamiento Seminal

³⁷ Con fagocitación se hace referencia a una complejización de la idea de mestizaje. Para Kusch fagocitación es la absorción del *ser* por el *estar* propio del pensar popular, es decir, de la absorción de las cosas de Occidente por las cosas de América, como un modo de equilibrio y reintegración de lo humano en estas tierras. Equilibrio que no implica negación de occidente sino de su incorporación para creación de algo nuevo.

Abordaremos tres oposiciones que nos permitirán introducirnos al pensamiento kuschiano, pensar y filosofía, ser y estar, el hedor y pulcritud pero vinculándolos con el suelo y la cultura.

Pensar y filosofía

La filosofía se vincula con una práctica del preguntar, pero de aquella que realiza preguntas llevándolas hacia una instancia problematizadora. Siguiendo este planteo podemos incorporar la pregunta que inquieta a Kusch: ¿Qué pasa con el pensar en América? La problematización de la pregunta conlleva situar la relación entre el pensar y el lugar desde donde se realiza la pregunta, siendo así uno de los primeros pensadores que, entre intuiciones, viajes y vivencias, busca romper los esquemas occidentales de comprensión para poder esbozar que pasa o que pesa en América.

En el Pensamiento Indígena Americano, a partir de sus trabajos de campo realizados en Bolivia, Kusch reflexiona que en América no hay un pensamiento propio. Y en ese viaje a la puna, al otro extremo de la ciudad de Buenos Aires, termina no sólo encontrando un pensamiento, sino profundizando qué es el pensar en general. Él se sumerge en la profundidad de la cultura y el paisaje de lo andino y lo contrapone a lo que acontece en la ciudad metropolitana. Viendo lo que subyace en el fondo de América y que el pensamiento occidental no puede comprender.

Sostiene que no tenemos un filosofar, un pensar propio, porque nuestro pensar carece de coherencia. Mejor dicho, es que el pensar se ha segregado de nuestra cultura, quizá por el exceso de hechos, o por ver siempre qué hay en el mundo occidental para imitar. Entonces no tenemos un pensar propio, nuestro modo de pensar es incoherente y *desgravitado* del suelo; ¿no será que no nos animamos a pensar porque hay un miedo a pensar lo nuestro?

Filosofía sería entonces como una forma especial del pensar, en tanto este pensar, desde el punto de vista etimológico, implica el concepto de pesar. Según esto el filosofar no es más que un pesar lo que nos ocurre. Entonces filosofar significa indagar los problemas que nos afectan tratando de encontrar una coherencia lógica y así advertir el sentido de lo que ocurre. Veamos en el siguiente ejemplo como opera esta lógica de afectación de los problemas.

Con el objetivo de realizar un trabajo de campo en una comunidad cerca de Oruro se encuentran Kusch, sus estudiantes universitarios con un anciano aymara y su hijo. Éste último ofrecía de traductor ante las diversas preguntas que realizan los visitantes. En un momento del dialogo, el abuelo al contemplar la estancia, decía que el campo no producía como antes y que además las lluvias eran escasas por estos tiempos, añorando que antes era mejor. Luego de terminar la entrevista uno de los estudiantes le sugirió al abuelo de comprar una bomba hidráulica, les hablaron de las virtudes y beneficios de tal artefacto y de las diversas opciones de como poder obtenerlo. La puna era seca y árida, las ovejas flacas. Era una causa suficiente para comprar la bomba. Pero el abuelo no respondía nada, mientras que su hijo para quedar bien decía: Sí vamos a ir.

El abuelo seguía mirando la puna. ¿Qué miraría?

Ya no quedaba más nada por preguntar, ni qué proponer. Nos fuimos. A lo lejos vimos cómo el cielo pesaba sobre los putucus. ¿Qué pensaría el abuelo? Quizás el hijo trataría de convencerlo y le diría: “Abuelo, estamos en otra época, estas cosas hay que hacerlas. Los gringos tienen razón”. Pero el abuelo mascararía un poco de coca, challaría su alcohol y no contestaría. Es más, seguramente pensaría que para hacer llover era mucho más barato uno de esos rituales corrientes como la Gloria Misa o la huilancha, y, además, es mucho más seguro. (Kusch, 2000b, p. 276).

A partir del ejemplo de la bomba de agua Kusch nos ilustra la coherencia lógica que ocurre en el actuar de un campesino ante la sugerencia de un estudiante universitario. El campesino rechaza la propuesta de incorporar una máquina como solución al problema de la sequía y propone usar un ritual para invocar la lluvia.

Si se quiere construir una máquina para mejorar el funcionamiento del agua nos situamos en el punto de vista tecnológico por lo cual se requiere una ciencia y un objeto que debo construir. Pero desde el plano filosófico se trata de reflexionar sobre cuál es el sentido que tiene hacer una máquina. Hacer una máquina no se explica sólo por la utilidad que ella nos brinda, sino que se trata de reflexionar en un plano más profundo, en un horizonte de mayor comprensión, sobre cuáles son los motivos por los cuales hago una máquina. En definitiva, se trata de buscar la coherencia lógica que tiene para el campesino actuar mediante el ritual y no desde una solución externa a su mundo. Se trata de recuperar de esta manera el horizonte quizá demasiado humano en el cual se desplaza la técnica.

Entonces para pensar, en el sentido de pesar lo que acontece, es necesario concebir una fusión entre sujeto y mundo. Porque no puedo ir más allá de mi vivencia. Es decir, pienso desde mi existencia, y pienso, porque me afectan los problemas, porque me pesa lo que me pasa. Y este pensar es arraigado al suelo.

Hedor y Pulcritud

Si la filosofía en un sentido amplio sería todo el esfuerzo humano para entender el mundo, a través de las grandes preguntas que la humanidad ha formulado, podemos encontrar por ejemplo en el pensamiento andino una filosofía y una sabiduría popular específica que intenta responder desde su cosmovisión a los problemas concretos de la existencia humana.

En este sentido recuperamos algunos indicios del pensamiento de Rodolfo Kusch sobre el pensar particular del hombre americano. En la introducción a “América Profunda”, describe lo que acontece en el tránsito de su ascenso a una Iglesia de Santa Ana del Cuzco. En un sentido metafórico podemos decir que más que una subida es un descenso hacia lo profundo del ciudadano pulcro. En dicha narración describe el mundo profundo de América en tanto un mundo

que es adverso y hostil para el buen ciudadano civilizado, que lo inquieta, da inseguridad y molesta. Pero, ¿qué es aquello que resulta adverso, hostil, y molesto? Es el paisaje de lo andino, y es el otro, las calles que hieden, el mendigo que pide limosna y la india vieja que no logramos entender cuando habla. Dice Kusch, esto que nos acosa, de lo que sentimos rechazo y no sabemos cómo llamarlo, es el *hedor*: “un signo que no logramos entender pero que expresa un estado emocional de aversión irremediable que tratamos de disimular” (Kusch, 2012, p. 12). El hedor está allí, nos abre a una situación de rechazo y de miedo, pero no llegamos a reconocerlo. Nos enfrenta ante el miedo originario de nuestra existencia. Frente a esto occidente apela al mito de la pulcritud, que consiste en una satisfacción de pensar que se está “limpio” y ello da seguridad. Esta aversión irremediable crea la diferencia entre una pulcritud de un nosotros occidental y el hedor de todo lo americano. Este último ingresa como una categoría estética que tiene una impronta política en nuestros juicios sobre América, sobre sus pueblos y sus conocimientos. Juicios y prácticas que enarbolan la blanquitud occidental y, por otro lado, instauran una política de limpieza en aquello que afea, ensucia o hiede nuestra sociedad y sus costumbres. Pero Kusch se pregunta: “¿Qué pasaría si se tomase en cuenta la realidad del hedor, el tipo de humano que lo respalda, su economía y su cultura propias?” (Kusch, 2012, p. 15). Hacer esto implicaría revivir el mundo superado por Occidente. Algo así como volver a despertar el miedo al desamparo y reconocernos como estar desalojados del hogar civilizatorio que occidente estructuró ante el miedo al exterminio. Es volver a encontrarse con ese miedo que el mito de la pulcritud remedió con el progreso y la técnica pero que vuelve a aparecernos en el rostro de un mendigo, de un indio y ante todo lo que el hiede en América.

Frente al problema del miedo a la muerte el pensar andino apela al ritual para favorecer la suerte de los dioses mientras que nosotros apelamos a la seguridad que nos brinda la pulcritud de la ciencia y el progreso civilizatorio de Occidente para engañarnos en una promesa ilusoria de inmortalidad. En este punto compartimos el mismo problema, pero la forma de afrontarlo son diversas puesto que desde una seguridad pulcra se busca sortear provisoriamente el miedo a la muerte mientras que desde el hedor americano se asume a éste como parte del mero estar.

Ser y Estar

Otra inquietud en el campo de la filosofía es aquella que se interroga por el sentido último de la realidad, por aquello que otorga sentido y fundamento a las cosas y al ser humano. Los griegos lo llamaron el *Arjé* o principio de todo, es decir, aquello que daría unidad y sentido a lo múltiple. Para Kusch el pensamiento occidental encontró su respuesta en el ser, expresado en un ente particular en cada época; primero fue la *Physis* griega, luego el Dios medieval y por último la razón moderna. Mientras que para el pensamiento americano la respuesta está en el *estar*, pero este estar no es un estar cualquiera, en Kusch es un *estar nomás*.

Su planteo del estar nomás trastoca y confronta al planteo del ser occidental. El ser nos obliga a tomar partido por una manera de vivir. Occidente nos enseñó que para ser debemos ser alguien, pero en América se trata de dejarse estar. Dice Kusch:

Al ser y estar lo usamos de la misma manera hoy en día, por ejemplo: soy empleado implica la existencia de una empresa, alguna jerarquía, cierta estabilidad, una abierta dedicación de mi parte a mi empleo y, además, derechos gremiales, jubilaciones y, quizás, los beneficios de algún policlínico. Solo se es empleado, en un ámbito estable, organizado, incólume, el cual me posibilita seguir trabajando hasta alcanzar la jubilación. (...) Pero si digo estoy empleado, ya quiero decir otra cosa. No le doy tanta importancia al empleo mismo, sino que sugiero cierta inestabilidad, cierto deseo de cambiar de ocupación, como si en el mundo en el que estoy, yo ocupara una ubicación transitoria, hasta efímera, y me resignara a ello. Es algo así como estar en la vida, como solemos decir, y que supone estar expuestos a las vicisitudes que la vida trae consigo (Kusch, 2000a, p. 424).

Ser se liga a servir, valor, poseer, dominar, origen. Para ser es preciso un andamio de cosas, empresas, conceptos, todo un armado perfectamente orgánico, porque, si no, ninguno será nadie. Estar, en cambio, se liga a situación, lugar, condición o modo, o sea una falta de armado, apenas a una pura referencia al hecho simple de haber nacido, sin saber para qué, pero sintiendo una rara solidez de esto mismo, un misterio que tiene antiguas raíces (Kusch, 2000a, p. 426).

Y ambos no se excluyen. Quizá se vinculen como la copa de un árbol con sus raíces. Por una parte, uno es esa frondosa definición que hace de sí en el aire, y, por la otra, uno trata de palpar por debajo sus propias raíces que lo sostienen. (Kusch, 2000a, p. 353).

El termino estar implica el concepto de un mero darse o mejor aún de un mero estar, pero vinculado con el concepto de amparo, domicilio o estar en casa y de germinación, como lugar de germinación. (Kusch, 2000b, p. 268) Vamos germinando para el fruto.

El vivir se da arraigado al suelo. Éste es el domicilio existencial que significa y da significado a quien lo habita. Para Kusch el arraigo consiste en estar en busca de un acierto fundante que abrigue al suelo del sinsentido del mundo. La palabra arraigo es uno de los signos del pensar kuschiano. Como todo lo que implica raíz, se relaciona con el suelo. Kusch postula que sin suelo no hay arraigo, y sin arraigo, no hay sentido. La Geocultura será una intersección de pensamiento, cultura y suelo.

Detrás de toda cultura está siempre el suelo. No se trata del suelo puesto, así como la calle Potosí en Oruro o Corrientes en Buenos Aires, o la pampa, o el altiplano, sino que se trata de un lastre en el sentido de tener los pies en el suelo, a modo de punto de apoyo espiritual, pero que nunca logra fotografiarse porque no se lo ve (...) Y ese suelo así enunciado que no es ni cosa, ni se toca, pero

que pesa, es la única respuesta cuando uno se hace la pregunta por la cultura. Él simboliza el margen de arraigo que toda cultura debe tener. (...) No hay otra universalidad que esta condición de estar caído en el suelo, aunque se trate del altiplano o de la selva. De ahí el arraigo, y peor que eso, la necesidad de ese arraigo, porque si no no tiene sentido la vida. (Kusch, 2000, 99-110).

Conclusión

La filosofía es pensar. Y pensar es una cautela, es una precaución, es un encanto, es un momento al día; todo el resto del día estamos rumiando. Sí pensar es olvidar diferencias y recordar semejanzas: ¿qué pasa con lo enajenado de este sistema político-económico que nos hace pensar de esta manera donde los que están dentro de la caverna universitaria, miran una cosa y sistematizan la acción de una manera, mientras la vida sigue pasando por otro lado?

Y nos parece que si pensamos las palabras que nos designan, lo latinoamericano no nos designa a nosotros, designa una forma de posesión imperial en el territorio de América. El imperio seguramente sabe constituir las astucias de la razón y por eso en América - que fue una invención como toda otra invención de homogenizar un ideal, como lo fue Europa - nos constituimos en partes. Y pensamos que desde una parte se piensa y ejerce un dominio, mientras que la otra tiene muchas otras sabidurías para poder compartir.

¿Cómo puede ser que nos tengamos que designar con la palabra del otro? En todo caso, la designación de la palabra la tenemos que hacer nosotros y no desde la negación que nosotros queremos hacer de la palabra que nos dieron. Es algo absurdo, designarnos como perspectiva decolonial, es el imperio que nos designó como colonos, no es desde ese umbral de palabras que nos identificamos, es desde nuestras otras formas de enunciarlos. Como también occidente no nos designa, occidente conlleva en su enunciación su destino: occiso, muerte. Y nosotros no somos Occidente, nosotros estamos al costado de Occidente, pero nos habitamos como occidentales.

Entonces, no son absurdos los lugares que nos toca en la vida y las condiciones de posibilidad. Nos parece fundamental la filosofía de la liberación como bandera que enarboló algo distinto desde la autenticidad del ser y del estar, una manera diferente al relato de sostenimiento de enajenación constante que teníamos en el mundo. Ahora, lo cierto es que hubo anteojos para mirar la filosofía, para poder conceptualizar la filosofía de esa época. Y en eso hay muchas corrientes fundamentales, necesarias, concretas; una de ellas es el marxismo y es fundamental constituir desde ahí. Pero hubo otra corriente, que no fue desde el concepto a interpretar la acción de la sabiduría propia y de la fe, sino que fue a la palabra de quien la decía; desde ahí se posicionó Kusch.

La filosofía de la liberación fue un acierto - y no una certeza - en correrse de lo monádico, en donde un ente explica todo, y posicionarse en una relación con el otro, donde la negación que me hace me constituye a mí en una condición para poder de ahí emanciparme. Por eso

también fue criticada; porque después vinieron otras corrientes, porque convivimos en un continente que tiene distintas épocas, tenemos millones de logros, pero también muchas derrotas.

La discusión entre la filosofía hegemónica nórdica y la filosofía de la liberación es una discusión en la historia universal del pensamiento. Una se sostiene desde un ente que puede definir todas las cosas y puede constituir conceptos porque son esenciales. Y la otra filosofía se sostiene en visibilizar lo anterior al concepto, lo anterior que conmemora una forma de vida, porque la vida se da de otra manera a la hegemónica de consumo capitalista, porque siempre se da en lo ritual, se da en una cosmovisión, se da en un marco de relación.

Un filósofo europeo presenta al ser, como el ente que se explica a sí mismo como ente, y cuando escribe la palabra ser en una hoja, empieza a tachar esa hoja, dice que el ser era fallido, era tan fallido que cuando rompe la hoja, dice que es el ser o la nada. A lo que Kusch le dice: no es el ser o la nada, debajo de la hoja está toda la cultura. Y la cultura, es un horizonte simbólico compartido. Tiene que ver con el habitar, con el morar, con el lenguaje, con el habla, con los rituales que conmemoran los mitos. ¿Qué hizo la filosofía hasta ahora? Trabajar con los atributos de ese ente monádico que explicaba la cosa, que se va desde el punto de una esfera, a la esfera de una esfera: desde un “yo solo sé, que no sé nada” relatado por Platón (2003) sobre Sócrates, a “qué es lo que yo sé” enunciado por Montaigne (2003). Mientras para Kusch, “se conoce para vivir y no por el puro hecho de conocer” (Kusch, 2008, p. 89). Pero más que nada tiene que ver con desde donde nos constituimos. ¿Cómo puede ser que un ser finito crea obras infinitas? Y tiene que ver con esta otra posibilidad de escuchar lo ritual, la cosmovisión y eso me parece que trajo la filosofía de la liberación, donde se inscribe el trabajo de Kusch.

¿Cómo escuchar los sentidos compartidos en una sociedad? Hay tres principios elementales de la filosofía que siguen siendo utilizados en la actualidad: el de *identidad*, *no contradicción* y el del *tercero excluido*. Con esa astucia de la razón nos constituimos como sociedad hace miles de años. Primero, no existe la identidad, A no es igual a A; en todo caso lo que hay es identificación. En relación al principio de no contradicción: “A no es B” es absurdo; constantemente, en la lógica del tiempo que se olvidaron de anteponer, las cosas van cambiando, nos quieren hacer creer que las cosas son estáticas. Por último, el *principio del tercero excluido* que señala que no se puede ser y no ser al mismo tiempo: “la montaña es montaña o no es montaña”. Sin embargo, para el campo andino la montaña es el abuelo. En este principio se perdió la posibilidad de imaginar otros mundos posibles. Con esos tres principios nosotros nos creímos que el funcionario no es empresario y el empresario no es funcionario. Las sociedades modernas se constituyeron desde estos tres principios. De esa manera se constituye la democracia en los lazos sociales de identidad, como si fuesen las cosas iguales, y lo único que tenemos de iguales es que somos diferentes y convivimos en esa diferencia.

El pensamiento americano se sostiene en el principio irreductible de la evidencia y el pensamiento nórdico-europeo en que las cosas son demostrables y válidas. Dos relatos de sostenimiento axiológico que no son opuestos, conviven en un tiempo y espacio, en un territorio que conlleva la esperanza de otro horizonte humano, superpuestos, entre la tierra y el cielo, entre lo

divino y lo profano. Donde juega la pulcritud, el hedor, la ira, la fe, la astucia del vivir, o la razón universal en los lazos del vivir.

No hay historia sin imperio, no hay historia sin posicionamiento colectivo, y nuestra posición es americana, con los lazos implícitos, que nos deja la colonialidad, en la cultura, la economía y la política. Es desde donde partimos, donde estamos parados, esto aportó Kusch el sentido, ya no la causa, del pensamiento americano, que está en la ciudad, el en campo, en el pueblo andino, en la vida.

Kusch, aporta, desde América, la filosofía del posicionamiento colectivo, anclados en los supuestos que nos rodean, más cercanos a nuestra vida, para cuestionar lo obvio, para ampliar los horizontes de lo fagocitado que nos inhibe generar otro relato, otra acción, sin alteridad vanguardista, pero en comunidad.

Lo profundo de trabajar a Rodolfo Kusch no es por lo que hizo, sino por lo que se puede generar desde su umbral aportado al pensamiento; una metodología que cambió la contemplación por la escucha, donde la palabra del otro recobra sentido en lo colectivo, cuestionando, interpelando al campo académico y vislumbrando sentido en la sabiduría para el mero estar, la vida nomás.

Referencias

- Borges, J.L. (2017). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé editores
- Kusch, R. (2012). *América Profunda*. Rosario: Fundación Ross.
- Kusch, R. (2008). *La negación en el pensamiento popular*. Buenos Aires: Las Cuarenta
- Kusch, R. (2000a) *Obras completas*. Tomo I. Ed. Fundación Ross: Rosario
- Kusch, R. (2000b) *Obras completas*. Tomo II. Ed. Fundación Ross: Rosario
- Platón (2003). *Diálogos*. Obra completa en 9 volúmenes. Volumen I: Apología. Critón. Eutífrón. Ion. Lisis. Cármides. Hipias menor. Hipias mayor. Laques. Protágoras. Madrid: Editorial Gredos.
- Montaigne, M (2000) *Ensayos de Montaigne*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Actividad didáctica

Lea atentamente el siguiente relato y resuelva las consignas que se enumeran:

Ser alumno en Buenos aires

Fuimos alumnos en Buenos Aires por muchas razones. Una de ellas porque la mamá nos llevó a empellones al colegio, otra porque fuimos siempre muchachos muy aplicados, otra porque ya éramos grandes y queríamos mejorar el empleo, o tomar contacto con otro orden de

cosas, como la cultura o la técnica. Es probable también que teníamos en la familia algún tío, que ocupa ahora una alta posición en una empresa por haber estudiado. Nuestros padres habrán tomado en cuenta este ejemplo y nos dijeron "Mirá, tenés que estudiar porque hay que ser alguien en la vida". Entonces, lógicamente, ingresábamos a alguna institución.

Los primeros meses suelen ser entretenidos. Asistimos a un clima nuevo, casi como si hubiéramos pasado a otro orden de cosas. Pero llega el momento amargo en que hay que estudiar. Un día de esos, suena la campana y uno entra como siempre en el aula. Todavía algún alumno tira su papelito o su tiza, hasta que entra solemnemente el profesor.

Se produce el silencio. El profesor comienza a blandir la libreta. Todos estudiamos la lección del día, pero ya no entendemos nada. Y justo nos llama a nosotros. Ahí estamos balanceándonos de un lado a otro, mientras balbuceamos una que otra cosa. Los primeros segundos parecen horas. Se produce el primer tropiezo. El profesor dice terminante: "No es así, señor". Intentamos una vez más. El profesor no transige. Debe estar de mal humor. Al fin, viene lo peor, la condena. "Siéntense. Usted no sabe nada. Tiene un uno".

De ahora en adelante somos simplemente un alumno como "para un uno". Y eso nos molesta. Pensamos que está mal que se nos califique, porque somos mucho más que un número. O, al menos, no se toma en cuenta el verdadero sentido de los números. Porque ¿cuándo se inventaron las matemáticas? Mejor dicho ¿ya existieron cuando el mundo fue creado, o recién cuando el mundo se echó a perder? En otras palabras, ¿antes de Adán o después? Todos dirán que después de Adán, porque antes no había colegios nacionales. Sin embargo, no es así. Las matemáticas se inventaron cuando el mundo fue creado, así lo dijo Pitágoras. Por ejemplo, el cero era el huevo original del mundo, de ahí salió la divinidad o sea el uno. Luego, la pareja original, o sea Adán y Eva. Y posteriormente la trinidad, para darse recién el cuatro como símbolo del mundo, y luego todas las cosas. Los autos, las casas, los trenes, las calles, Buenos Aires e incluso los profesores.

Lo mismo pensaron los indios americanos. Primero el caos, luego Viracocha, luego los héroes gemelos, y así, hasta los profesores. Indudablemente ese profesor no creía en Pitágoras ni en América. Nos quiso calificar mal y nos puso nada menos que el número de la divinidad, el uno. Se ve que era un ateo.

Claro que hoy no nos interesa estar cerca de la divinidad ni de América, sino en la otra punta. El profesor usaba el otro sentido de la numeración, el que se descubre cuando el mundo se echó a perder, después de Adán, cuando ya no bastaba con sólo la visión del uno, sino al revés, la otra punta de la numeración, el infinito, el millón o el billón, y más allá. Hoy con un peso no hacemos nada, con un millón de pesos, sí. Hoy es necesario una enorme cantidad de números, cuanto más, mejor. Porque estamos al revés de la creación. Por eso el profesor aquel nos puso el uno como un castigo.

Además, cuando el profesor nos hizo sentar, dijo: "usted no sabe nada". ¿Y eso era cierto? Porque, cuando se es chico se saben algunas cosas. Se sabe jugar bien a la pelota. Se sabe todo lo referente a la madre de uno, a su cariño, a sus rezongos mientras ella hace la comida y cómo lo hace, o lo que nos dice cuando volvemos tarde. Si se es grande, se sabe hacer un

expediente, o se sabe seguir una mujer por la calle. Y si ya se es casado, se sabe decir a la esposa todo lo que corresponde cuando ella está nerviosa y amargada por lavar los platos todos los días y uno no se recibe nunca. Se sabe cómo hay que conseguir unos pesos. Y ante todo, grandes y chicos, saben de la pieza en que viven, si es pequeña o destartada, de la calle del barrio, del almacén de la cuadra, de las casas chatas, de la chica de enfrente, del borracho de al lado, el loco de la esquina, y se sabe del suelo que se pisa, de los yuyos, de los árboles, de la tierra, de la gente y de su vida y su muerte, en suma, se sabe algo de América. De todo esto se sabe. Y todo esto ¿realmente no vale nada?

¿Pero para qué discutir? La verdad es que hay que ser alguien, como nos dijeron, y es preciso pasar del uno al diez. Entonces, el sábado siguiente nos encerramos y estudiamos. Están transmitiendo el partido y apagamos la radio. Pasa la chica de enfrente y cerramos la ventana. A la noche querríamos ir al baile. Pensamos estudiar una hora más y luego salir. Pero estudiando se hacen dos horas, y al fin, sentimos con asombro que se han pasado las ganas incluso de salir.

Así llega el lunes, nos vuelven a llamar y esa vez todo sale bien. Respiramos hondo. Nos sentimos como beatificados. Súbitamente nos hemos convertido de un alumno "como para un uno", en un alumno que merece un diez. Hemos ganado la santidad. Y es curioso, en ese momento una rara seducción comienza a ejercer sobre nosotros las reglas gramaticales, los teoremas o las clasificaciones de la botánica. Todo eso que era odioso antes, ahora nos parece luminoso, brillante y hasta hermoso. Ahora uno se codea con cualquier fórmula y no tiene ningún miedo de fracasar. Ahora pertenecemos a los hombres que tienen diez.

Descubrimos incluso en la última bolilla del programa de lógica de quinto año, a propósito de la metafísica, la palabra "ser". Cuando el profesor hablaba de esto decía precisamente que el ser era considerado por Parménides como una esfera perfecta y agregaba que, en la Edad Media se la asociaba con la divinidad. Seguramente el ser debía representar lo mejor en materia de aspiraciones. No es extraño que figure en la última bolilla de la última materia del colegio nacional. Y es natural, ya que en ese punto se es alguien, como nos habían dicho.

En suma, ya hemos llegado. El resto de la vida consiste en mantener ese diez. Nuestro ideal de vida en Buenos Aires está concebido como una pirámide, en la cual arriba está el ser y abajo América. Muy simple. Pero, ¿cómo se es alguien? Y, habrá que ser como esa esfera que mencionaba Parménides se parecía a la divinidad.

Pero nunca vimos pasar a la divinidad por las calles de Buenos Aires. Vemos en todo caso muchas clases de esferas, por ejemplo, el globo terráqueo que usábamos en la escuela, una pelota de fútbol. Seguramente no es eso, aunque se parezcan al ser de Parménides. ¿O habrá que convertirse en un hombre esférico, grueso, con su cadena colgando del vientre y la vida realizada con su chequera, su familia y sus propiedades? ¿Pero si no se sabe ser alguien habrá que dejarse estar? Y caer en todo eso que uno era antes de estudiar aquel sábado que no fue al baile, nuevamente en el barrio, junto al jefe, a la familia, a América. Pero veamos ¿a qué orden pertenece esto? Pues a lo opuesto, al ámbito de los haraganes, de los que se dejan es-

tar. ¿Y cómo será el estar? Si el ser fuera gordo, el estar sería flaco. ¿Entonces cuando se estudia se pasaría del flaco estar al gordo ser?

Pero uno suele perder el peso cuando estudia mucho, de gordo se vuelve flaco, y además toda esa vida anterior, la del barrio, la que uno arrastra consigo pesa tanto, que resulta difícil calificarla como del flaco estar. Eso no puede ser sin más algo flaco, eso es denso y grueso, quizá mucho mucho más que el ser alguien. Seguramente Parménides no sabía lo que decía. El ser no es esférico, sino escuálido y magro, y el único grueso y redondo es el estar, porque sólo él lleva consigo una apelmazada vida, arrastrada diariamente desde la niñez hasta la muerte, en el barrio, pisando el suelo, aquí, encerrados en América.

Realmente parece como si el profesor, desde el punto de vista del siglo XX, puede poner el cero al alumno y echarlo de la clase por inútil. ¿Y el alumno? Puede hacer lo mismo con sólo poner un diez al profesor. Aquél podrá hacerlo en nombre de Parménides, porque el alumno trae consigo una apelmazada vida de su barrio, y eso no conviene. Y el alumno podrá hacerlo en nombre de Pitágoras, porque no puede sacarse la vida de encima, ni tampoco el profesor. Pero evidentemente aquí rige la ley del más fuerte.

Y he aquí la contradicción de Buenos Aires, que se reparte entre un grueso estar que vive, y un magro ser que no se ve. Es un problema del siglo. Nos arranca del cero de la creación y nos lleva a un infinito que puede ser caótico. ¿Por qué? Porque los dioses se acabaron, y no queda más que el número. ¿Pero qué ventaja tienen los dioses en esto? Pues si ellos nos tomaran un examen y nos pusieran un diez de nada valdría. A los dioses no les interesa el número, si no la densa unidad donde todavía se da la vida. Para ellos sacar un diez, es como sacar cero, igual hay que empezar todo de nuevo. El verdadero sentido de la vida no es solo cumplir con el pequeño deber, sino en asumir siempre un poco la creación del mundo.

No podemos decir sin más que el mundo está creado, sino que cada uno tiene que asumir siempre, con toda su vida su creación, la propia, igual que el fondo del barrio y el fondo de América. Y es tan difícil eso. Pero así es la ley de los dioses. Primero el cero con el caos, luego la divinidad con el uno y así hasta el infinito. Pero sólo así, con los dioses. Porque si no, seríamos una esfera apenas, pero sin vida.

Del libro "Charlas para vivir en América"

- ¿Qué significa ser un alumno para un *uno* y un alumno para un *diez*?
- Investigue en la historia de la filosofía occidental cuáles son las características que posee el ser de Parménides. ¿En qué sentido Kusch vincula el ser de Parménides con la divinidad?
- ¿Cómo se explicitan en el texto las contraposiciones entre el *ser* y el *estar*, el *ser alguien* y el *dejarse estar*?
- Explique la siguiente afirmación “Y he aquí la contradicción de Buenos Aires, que se reparte entre un grueso estar que vive, y un magro ser que no se ve.” recuperando algunas las ideas presentadas en el escrito “Acerca del Rodolfo Kusch”.